



## NO SIRVE QUERER ENGAÑAR

El rey de los belgas ha sido unos pocos días huésped del Palacio de Oriente, de Madrid, de donde ha hecho unas rápidas excursiones a sus alrededores.

En primer lugar, rey de los belgas y no rey de Bélgica, pues tal es su denominación que podríamos llamar protocolaria. No rey de Bélgica, lo que podría implicar una cierta noción de realeza patrimonial, sino rey de los belgas, rey del pueblo. Y esto implica un cierto sentido de monarquía, más o menos integralmente democrática.

«¿Monarquía integralmente democrática?» Esta expresión no es nuestra, sino que es de nuestro amigo el conde de Romanones, quien la usa en el capítulo primero de su obra «El Ejército y la Política». En que dice así: «El Derecho público ha evolucionado; a las viejas monarquías de origen divino han seguido las monarquías constitucionales, y éstas van siendo sustituidas por las monarquías integralmente democráticas. Ya no cabe resistir; si alguno lo intentara y se opusiera al proceso de esta evolución, fatal e inevitable, desaparecería; ya sólo hay lugar para las monarquías que en su esencia sean iguales a las Repúblicas burguesas.» Así dice el conde. Y de ahí se sigue que una monarquía constitucional no es integralmente democrática y que está llamada a desaparecer.

El rey de los belgas, de esa monarquía democrática que quiso, supo y pudo llamar a sus consejos a socialistas, ha sido durante unos pocos días huésped del Palacio de Oriente de Madrid. Al que entró, desde la estación del Norte, entre filas de soldados, casi como si fuese un secuestrado, alejándole y apartándole todo lo más posible del pueblo y como si se temiera el contacto con éste.

El rey de los belgas debió de darse cuenta de esa especie de secuestro y convencido de la hidalguía del pueblo español quiso saber a qué fuele éste y a las diez de la mañana del día 3 salió de Palacio, vestido de paisano, a dar un paseo. ¿Quién le acompañaba? ¿Pues quién le iba a acompañar! ¿O es que no conocemos el protocolo? Le acompañaba un coronel. No sabemos si también vestido de paisano. El rey de los belgas, calle de Bailén abajo, llegó hasta la plaza de España; pero como le rodearan grupos de curiosos ovacionándole — es en Madrid un espectáculo tan insólito ver a un rey a pie, de paisano y mezclándose con el pueblo! — volvióse a Palacio. Una especie de escapatoria, en fin. Y una experiencia. ¿No acaso una lección?

Pero sea por lo que fuere desistió de ese paseo entre el pueblo y se fué a pasear a los jardines del Campo del Moro, allí donde no entra el pueblo. Y acaso allí él, el rey de los belgas, el monarca integralmente democrático, pudo meditar en lo que puede llegar a ser un Palacio Real y en la libertad de que dentro de él se goza.

Con el rey de los belgas han venido algunos de sus súbditos que ejercen el periodismo. ¿Se les habrá secuestrado también a estos periodistas? ¿Se les habrá impedido oír los ecos de los trogloditas de no hace mucho, de los germanófilos de antes y de ahora? ¿Se habrán informado de lo que la secular revista inglesa «The Saturday Review» llamaba no hace mucho «el caso triste de España», al decir que es ésta el único despotismo que hoy queda en Europa? ¿Podrán al ver a su patria, a Bélgica, deshacer la bruma de engaño que respecto a este reino de España espantará allí sin duda el embajador de nuestro soberano ante aquella corte de Bruselas?

¿Los esfuerzos que hace el reino de España, el régimen de despotismo que padecemos, por tener engañada a la opinión de Europa! Uno de los principales cuidados de los ministros de ese régimen ante los gobiernos extranjeros es impedir que se desice con las demás naciones la verdad de lo que aquí pasa, la historia negra del actual despotismo español.

Y hay que oír aquí mismo a ciertos acordones de la patriotía farisaica — que al patriotismo nada tiene — cuando se sica en el extranjero lo que una censura estólida y suicida no deja decir aquí.

¿Las habilidades que se están desplegando desde que acabó la guerra para embustir ante el extranjero la verdadera situación interior de este ex futuro Vice-Imperio Ibérico!

**Pero no sirve querer engañar.**

¿El rey de los belgas se habrá dado cuenta en su breve paso por el Palacio de Oriente y alrededores de la popularidad de que goza la realeza constitucional en España!

Miguel de UNAMUNO.

